

# EL CONSUMO DEL MIEDO

JUAN CUETO

**D**E pronto han dejado los filósofos de reflexionar acerca del problema de la muerte. Después de haber estado siglos enteros y verdaderos dirimiendo si la muerte es la disolución del *yo*, la plenitud del *ello*, la liberación o la aniquilación del *doble*, la cesación del *ser*, la derrota de la *razón* o el *happy end* de los tristes de espíritu, han callado. Una tradición cultural de tamaña envergadura está a punto de perderse para siempre y los movimientos ecologistas, macrobióticos, feministas, espiritistas, autónomos, autonómicos, antiotánicos, contranucleares y alternativos, sin enterarse a pesar de que están en juego nada menos que las raíces de la sabiduría del Occidente y las señas de identidad de la cultura humanoide.

Ya no discursan los finos intelectuales trascendentes del terrible asunto de la muerte —al menos no lo hacen con aquel apasionamiento espléndido de las buenas añadas filosóficas—, pero que nadie interprete este abandono del popular género de la *commentatio mortis* como feliz superación del problema general o de las angustias particulares; ni siquiera como apoteosis de las actitudes lúdicas.

En nuestras sociedades «en vías de postindustrialización» ha dejado de tener sentido el severo discurso de rango intelectual acerca del *ser de la muerte* por la sencilla razón de que la muerte prosaica forma parte de la vida cotidiana con el mismo desparpajo que cualquier chisme electrónico de los que se venden en los hipermercados. También la muerte ha pasado a engrosar el vasto catálogo de los objetos que produce, distribuye, anuncia, vende y reproduce la sociedad de consumo de masas. Es decir, la muerte entendida como otra mercancía más. El enmudecimiento actual que observamos en las disciplinas filo-

sóficas ante el gran problema pendiente de la Humanidad no es, como pudiera parecer a primera vista, un optimista silencio administrativo que hay que interpretar positivamente: es silencio de muerte.

## La muerte es lo cotidiano

No meditamos ya sobre la *cesación del ser* por el siniestro y elemental motivo de que diariamente estamos viviendo y consumiendo signos de muerte en toda su macabra dramaturgia, sea en directo o en diferido, en *mono* o en *stéreo*.

Dice el profesor Ferrater que una pormenorizada historia de las ideas acerca de la muerte implica un detallado análisis de las diversas *concepciones del mundo* habidas en el curso del pensamiento humano. Y es que cada civilización o sociedad no sólo genera y articula una determinada e intransferible «idea de muerte» que la diferencia inmediatamente —gráficamente— de todas las demás sociedades o civilizaciones, sino que ésa suele ser la manera favorita que tienen los sistemas políticos, ideológicos y económicos de expresarse como tales. En nuestra época, la muerte —en rigor: el *miedo* a la muerte— ha dejado de pertenecer al reino de lo exótico y de lo intelectual para integrarse con todas las de la ley, ley del consumo, en el discurso de lo cotidiano y en el lenguaje de lo prosaico.

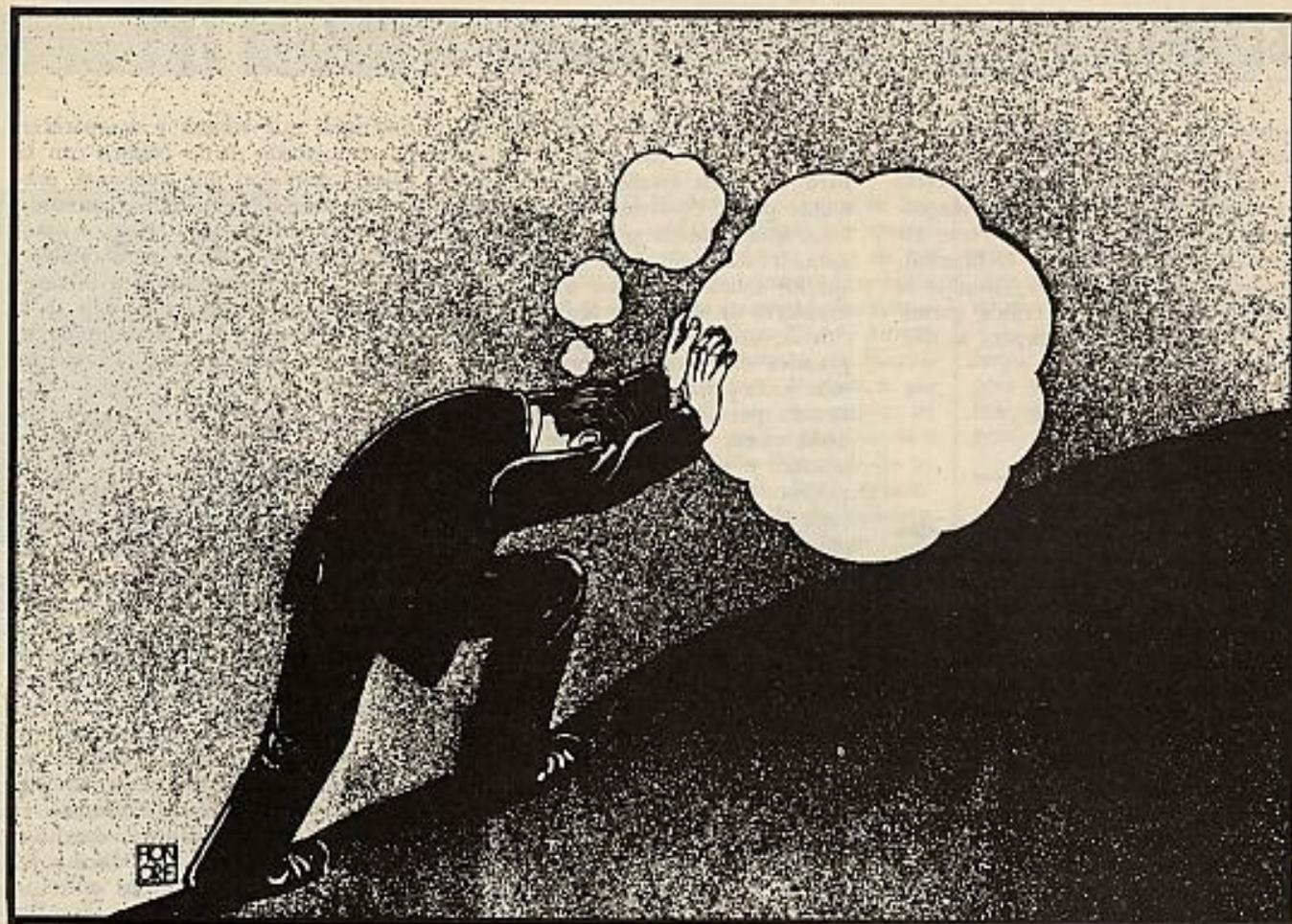
Esta puede ser una muy buena razón para entender el fenómeno de la súbita fuga de los filósofos académicos del gran asunto que durante siglos los ocupó *full time*, concretamente desde que el fundador del invento —Platón— dijera aquello de que la geometría de las ideas no es más que una meditación —escrita— de la muerte. Ahora mismo son los sociólogos (Morín, Baudrillard), los biólogos (Dastre, Cerdón, Vernet), los políticos, «empíricos» (el general Haig, el señor Rosón, los comandos terroris-

tas) o los funcionarios de la Seguridad Social (Departamento de la Tercera Edad) quienes reflexionan a ras de asfalto metropolitano acerca del asunto. A la vez que los filósofos propiamente dichos, faltos de su principal materia prima, han invertido los términos: de *la filosofía como muerte* han pasado al no menos espinoso galimatías de *la muerte de la filosofía*; o a lo mejor lo uno es simple consecuencia de lo otro.

La idea central que está en el meollo, y en el origen, de las sociedades contemporáneas ya no es, como sucedió durante siglos, la del *miedo a la Muerte*, sino la *muerte como Miedo*, lo que es bien diferente y muy significativo del momento actual. Es lógico que esto ocurra precisamente ahora, cuando las esperanzas de vida nunca han sido mayores gracias a los adelantos científicos, los ciudadanos de la llamada «tercera edad» empiezan a ser tan numerosos como los de las edades anteriores, la Administración de los Estados dedica la mayor parte de los presupuestos generales a dar «sentido social» a las clases no productivas —socialmente muertas—, las grandes epidemias han sido erradicadas del escenario industrializado y las fuerzas de la naturaleza ya no implican necesariamente una imprevisible y constante amenaza. Precisamente porque la muerte es un temor cada vez más lejano y abstracto para el individuo y, por consiguiente, un acontecimiento menos «manipulable» por parte del poder, se traslada el hecho disuasorio de la administración de la vida a la administración de los terrores cotidianos.

## El negocio de la muerte «natural»

El miedo a la muerte «natural» ya no forma parte de las obsesiones de unos ciudadanos que están convencidos de que dejarán de existir por agotamiento y en fechas cada vez más lejanas. Por tal razón, han entrado en



crisis aquellas industrias terrenales surgidas y consolidadas para conjurar la mortal asechanza y que, al mismo tiempo, servían de eficaz aparato de control social. Me refiero, naturalmente, al cristianismo, al Estado, a la razón burguesa y al primitivo orden económico capitalista. El fomento de la muerte «natural» como temor disuasorio ha dejado de ser aquel negocio rentable que se desarrolla a partir del siglo XVI y fue sabiamente capitalizado por los funcionarios de la Iglesia y del Estado.

Desde el momento en que ese espectacular aumento de las esperanzas de vida forma parte principalísima de la estrategia de las civilizaciones industriales y no precisamente por razones «caritativas», ya no es posible jugar alegremente con el bergmaniano fantasma de la guadaña y el reloj de arena. Y es que el horizonte del planeamiento económico de la sociedad de consumo de masas ya no es un solo momento de la vida del hombre —la llamada etapa activa: productiva— sino *toda su existencia*. Mucho más importante que las capacidades productoras del individuo son ahora mismo sus actitudes consumidoras. Por eso, los cuidados exquisitos que los Estados dedican a la «tercera edad» no tienen más fines inconfesos que el incremento de la masa consu-

midora y el aumento de las capacidades derrochadoras del sujeto perteneciente a las clases pasivas. Resulta macabramente lógico, por tanto, que los sistemas industriales hayan dejado de manipular explícitamente el recurso estabilizador del miedo a la muerte «natural»: están obligados a producir en el individuo el espejismo de la inmortalidad para que no cesen, ni por un instante, las expectativas de consumo, es decir, para que no se hunda el tinglado.

## La disuasión de recambio

En la época de la economía de producción no era «rentable» una política de la tercera edad. En una economía enteramente basada en el consumo, lo que cuenta no es la fabricación de productos en serie, sino la de consumidores en serie. No se alarga y protege la vida del ciudadano: se alarga y protege la vida del consumidor.

Pero si los sistemas industriales necesitan para su desarrollo acelerado sustituir del ámbito de lo cotidiano, la vieja obsesión de la muerte «natural» por la ilusión de la vida eterna, con el fin de que la demanda de consumo sea cada vez mayor, los poderes ideo-

lógicos, por contra, necesitan seguir administrando la idea de muerte para garantizar su propia continuidad, o con otras palabras, para mantener intacto el monopolio de los mecanismos de control social e individual. Había que «reciclar» el fantasma, buscar una disuasión de recambio, trasladar a los terrores cotidianos la función metaestabilizadora que antes desempeñaba la muerte «filosófica».

Explicó modélicamente este proceso Octavio Paz en una parte de su libro *Conjunciones y Disyunciones*: «La ciencia moderna ha acabado con las epidemias y nos ha suministrado explicaciones plausibles de las demás catástrofes naturales: la naturaleza ha dejado de ser depositaria de nuestro sentido de culpa; al mismo tiempo, la técnica ha extendido y ampliado la noción de accidente, y le ha conferido un carácter completamente distinto... El Accidente forma parte de nuestra vida cotidiana y su espectro obsede nuestros insomnios. El principio de indeterminación en física y la prueba de Gödel en lógica equivalen al Accidente en el mundo histórico.» Y quien dice accidente, también dice catástrofe, terrorismo, estado de sitio, atentado, alarma, inseguridad, tragedia...

Es la astuta instauración en el universo de la cotidianeidad de un

## EL MIEDO

nuevo tipo de control bastante más sutil y eficaz que el del viejo pavor a la muerte «natural». Es la nueva retórica disuasoria de la muerte maquillada de Miedo prosaico lo que en estos momentos paraliza la libertad, instaura la incertidumbre, disuelve la pluralidad, suprime la crítica, garantiza lo establecido y recupera la disidencia.

### El coqueteo catastrófico

Se trata, en fin, del paso de la idea filosófica de muerte «natural», aniquilada por el desarrollo de la ciencia y por la logística de la segunda industrialización, a la idea sociológica de muerte «accidental», propiciada por la escalada tecnológica y manipulada sin recato por los sistemas ideológicos. La espada de Damocles ya no es el término biológico de la vida, sino el diario coqueteo con la catástrofe, la vecindad con la violencia metropolitana, la fatalidad del accidente, la inevitabilidad de esas tragedias no previstas por la Seguridad Social, la actualidad indesmayable de la amenaza terrorista, la cercanía del sabotaje, la naturalidad de la delación.

No discursen los filósofos académicos del ser de la muerte, como en los viejos tiempos, porque la muerte se ha fragmentado en mil y un signos de andar por casa en zapatillas y con los pelos de punta. Porque la muerte anda vestida de miedos largos y desparramada diariamente por todo aquello que todavía merece el nombre de *lo político*, aunque disfrazada de «accidente»: los debates de la OTAN, los escándalos de los fraudes alimenticios, la polémica de la bomba de neutrones, las vindicaciones patrióticas de ETA, el sumario del 23-F, los discursos patrióticos de Rosón, los motines carcelarios... «La moral cristiana —continúa diciendo Octavio Paz— le ha cedido (al Accidente) sus poderes de represión, pero al mismo tiempo ha desaparecido toda pretensión moral de ese poder sobrehumano. Es el regreso a la angustia de los aztecas, aunque sin presagios ni signos celestes. La catástrofe se vuelve trivial e irrisoria, puesto que el Accidente, a fin de cuentas, no es más que un accidente.»

Interpreta, sin embargo, Baudrillard esta irrupción del accidente como nueva categoría de lo social en las civilizaciones modernas como desarrollo peligroso para el orden establecido, a modo de «maleficio que atenta contra el sistema racional»:

«Una catástrofe —dice en *El intercambio simbólico y la muerte*— es un peligro para el orden establecido, no solamente por el desorden real que provoca, sino también por el golpe que asesta a toda racionalidad soberana. De ahí los estados de sitio a causa de temblores de tierra; de ahí, los servicios de orden en los lugares de las grandes catástrofes... Porque nadie sabe hasta dónde el impulso de muerte, atraído por el accidente o la catástrofe, puede desencadenarse en esta ocasión y volverse contra el orden político. Opino precisamente todo lo contrario. Esa cotidiana fascinación por el atentado, la catástrofe, el sabotaje, la amenaza o la violencia urbana, el morboso atractivo que emana de la muerte «accidental», es el último y más sofisticado de los mecanismos de control; es, la «necesaria» distracción social que garantiza el orden establecido al desviar las atenciones de la masa de la sustancia (política) al accidente; es el equilibrio del terror tramado a escala cotidiana. Es la *disuasión de recambio*, para utilizar una conocida ilustración metafórica baudrillardiana que se le vuelve boomerang.

### De la actualidad a la accidentalidad

No se trata de negar la dramática realidad de la muerte «accidental», sino de constatar la producción de otra innombrable forma de terrorismo —de Estado, en este caso— por la sabia manipulación que los poderes hacen de la catástrofe nuestra de cada día, del atentado, de la amenaza terrorista o del sabotaje, y cuya misión principal consiste en desplazar la *actualidad* hacia la *accidentalidad*. Sinistra paradoja que puede leerse entre líneas en esos titulares sensacionalistas que diariamente nos ponen el alma en vilo: *la seguridad del Estado pasa ahora mismo por el permanente estado de inseguridad del ciudadano*. Porque lo que en definitiva garantiza la continuidad y consolida lo establecido es la *socialización del miedo*; de la misma manera que en el escenario mundial la coexistencia pacífica está garantizada por el equilibrio del terror.

Los poderes, ante todo, son productores, distribuidores, publicitarios, vendedores, administrativos y agentes de la circulación de toda esa gama de miedos cotidianos incesantes, agobiantes, interclasistas, que consumimos en masa. Terrores populares, horrores en serie, pánicos de quita y pon,

amenazas que surgen y desaparecen en el mercado de lo político con la misma celeridad que cualquier producto perecedero en el hipermercado del barrio. Miedo al atentado, al sabotaje, al golpe político; pero también pavor al envenenamiento, a la caravana automovilística, a la calle, a la noche urbana, al futuro científico, al accidente de mañana por la mañana.

### La goma de Damocles

Así han inaugurado el año político. Agotado el recurso del golpe de Estado —agotado por saturación informativa, no por su constante inverificabilidad— nos anuncian a bombo y platillo la inminencia de un espectacular atentado terrorista, nos dicen que peligra la seguridad del jefe de Estado, nos advierten que la goma de Damocles puede estar situada en la más inocente esquina de la ciudad, nos conminan a que delatemos el mínimo comportamiento sospechoso en la vecindad, nos hacen discutir de armamentos nucleares, nos enfrenta no por razones, ideologías o filosofías políticas, sino por cuestiones de defensa nacional, continental, mundial.

No se trata, sin embargo, de una nueva moda, exclusiva de esta *rentrée*. Se han acostumbrado a gobernarnos por *disuasión* en vista de lo muy bien que les ha ido hasta ahora. Han descubierto la rentabilidad política del pavor cotidiano, los insólitos resultados estabilizadores de la catástrofe, el fulminante hecho consensual que suscita el fantasma del atentado terrorista, la asombrosa docilidad social que origina la amenaza cuartelera, la desmovilización sindical que provoca la interesada y movediza conjugación de la crisis económica, los mágicos efectos integradores de las retóricas del pesimismo, del sanscacobó, del no tenemos remedio, el respiro que produce la socialización del miedo.

Así las cosas, y con un oposición que habla ese mismo lenguaje sin saberlo —por inercia o impericia— no es de extrañar que confundan a estas alturas la ideología con la disuasión, el mito de la seguridad del Estado con el bien trabajado ritual de la inseguridad ciudadana, la continuidad con la coartada del terror, la corrupción con el accidente y el accidente con el destino. No cabe duda de que han aprendido a usar el poder con desparramo histórico. Quiero decir que han aprendido el viejo oficio de la Administración de la muerte en su nuevo envase disuasor. ■ J.C.